



Diócesis de Saltillo

Pascua 2020

Mensaje de Fr. Raúl Vera López, O.P., Obispo de Saltillo

## **Reconocer a Jesús en el partir y compartir el pan**

*“El que tenga sed, que se acerque;  
y el que lo desee, reciba gratuitamente el agua de la vida”  
(Apoc.22,17)*

### **Una Pascua muy particular**

Hermanas y hermanos, de manera especial comprendemos el paso de la muerte a la vida en esta particular Pascua 2020. Nunca antes la generación de este siglo había experimentado una cuaresma o cuarentena al límite. Y la mayor parte de los países de esta Tierra, seguiremos sufriendo la enfermedad y la miseria de la precariedad material de los sistemas desiguales y discriminatorios de un sistema injusto, tal como lo vivió Jesús al ser condenado a muerte. Tenemos la fortuna de conocer el triunfo de la justicia y la vida en la Resurrección de Jesús, que es un anticipo de la nuestra. Lo mismo que el grano de trigo que muere para dar fruto abundante en la cosecha (Cf. Jn.12,24), somos invitadas e invitados a servir a las demás personas en estas circunstancias en las que nos encontramos ante la pandemia del Covid19.

Llegamos a la fiesta de la Pascua el día de hoy, habiendo transmitido los signos de Semana Santa a través de las redes sociales o televisoras, extrañando los tumultos, abrazos y convocatorias, con los colores y olores propios de los ramos con los que se recibió a Jesús en Jerusalén; o los signos propios del servicio, la Eucaristía y la comunión del sacerdocio que se presentaron el Jueves Santo; o el acto extremo de vida solidaria entregada que se vivió el Viernes Santo. Hoy en cambio, a pesar de los templos vacíos, hemos encontrado múltiples actos del sufrimiento y el Via Crucis de nuestras hermanas y hermanos, y también del amor que se dona a cada persona para que pueda salir adelante.

### **Un memorial de liberación en la Eucaristía**

Jesús instituyó la Eucaristía durante la celebración de la Pascua judía con sus discípulos, la noche anterior al día en que fuera crucificado. La Pascua de los judíos se celebra cada año como memorial de la liberación del pueblo hebreo de la esclavitud a la que fue sometido durante largos años bajo el yugo de autoridades de Egipto. El libro del Éxodo describe detenidamente la noche del día anterior al que los hebreos conducidos por Moisés, salieron libres de Egipto (Cf. Ex.12,1-31). La Eucaristía es la celebración de un memorial también: El de nuestro rescate de la esclavitud del pecado y de la muerte, a la libertad de las hijas e hijos de Dios (Cf. Mt.26,26-29; Mc.14,22-25; Lc.22,15-20; Cf. Gal.4,4-7).

La Eucaristía es la conmemoración que Jesús dejó de su Pascua, de su paso de la muerte a la vida; para los discípulos vivir la Pascua de Jesús fue el paso de la tristeza experimentada ante su pasión y muerte, a la alegría de verle resucitado como Señor de



la historia, como aconteció a los discípulos de Emaús que reconocieron al Señor resucitado cuando éste, sentado a la mesa, partió el pan entre ellos (Cf. Lc.24,13-32).

### **La Pascua nos libera del Egoísmo**

En la Primera Carta a los Corintios, San Pablo transmite la institución de la Eucaristía por parte de Jesús: "Lo que yo recibí del Señor, y a mi vez les he transmitido, es lo siguiente: El Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó el pan, dio gracias, lo partió y dijo: «Esto es mi Cuerpo, que se entrega por ustedes. Hagan esto en memoria mía». De la misma manera, después de cenar, tomó la copa, diciendo: «Esta copa es la Nueva Alianza que se sella con mi Sangre. Siempre que la beban, háganlo en memoria mía». Pues cada vez que coman pan y beban este cáliz, anuncian la muerte del Señor hasta que Él venga" (1 Cor.11,23-26). La vida de los seguidores de Jesús ya no les pertenece a ellos mismos, anunciar la muerte del Señor por siempre, mientras transcurre su vida en este mundo, significa que se deben al Señor y a todas sus hijas e hijos a quienes Dios ama, que somos todas y todos, quienes habitamos el mundo.

Jesús describe así nuestro amor al prójimo en su Evangelio: «Ustedes han oído que se dijo: "Amarás a tu prójimo" y odiarás a tu enemigo. Pero yo les digo: Amen a sus enemigos, rueguen por sus perseguidores; así serán hijos del Padre que está en el cielo, porque él hace salir el sol sobre malos y buenos y hace caer la lluvia sobre justos e injustos. Si ustedes aman solamente a quienes los aman, ¿qué recompensa merecen? ¿No hacen lo mismo los publicanos? Y si saludan solamente a sus hermanos, ¿qué hacen de extraordinario? ¿No hacen lo mismo los paganos? Por lo tanto, sean perfectos como es perfecto el Padre que está en el cielo» (Mt.5,43-48).

El Evangelio de Juan no menciona expresamente la institución de la Eucaristía durante la última Cena, sino que dedica el capítulo 6 íntegramente a la Eucaristía, a raíz del milagro de la multiplicación de los panes que se narra en ese mismo capítulo (Cf. Jn.6,5-13), sin embargo, este Evangelio narra un gesto extraordinario que Jesús realizó con sus discípulos durante esa cena, que encierra en sí mismo, un tema eucarístico central: El amor al prójimo, traducido en el servicio. Leemos en el Evangelio de San Juan: "Se levantó de la mesa, se sacó el manto y tomando una toalla se la ató a la cintura. Luego echó agua en un recipiente y empezó a lavar los pies a los discípulos y a secárselos con la toalla que tenía en la cintura" (Jn.13,4-5). En la cultura judía lavar los pies del jefe de la casa era ocupación del esclavo, pero con la condición de que éste fuera un esclavo extranjero, porque si el esclavo era un judío, su amo tenía prohibido imponerle ese quehacer por considerársele muy humillante. Esto explica el motivo por el que Pedro se resistió un momento a que Jesús lavara sus pies (Cf. Jn.13,8-10).

Al terminar de lavar los pies de todos, Jesús se colocó de nuevo su manto, regresó a su lugar en la mesa y les dijo: «Ustedes me llaman Maestro y Señor, y tienen razón, porque lo soy. Si yo, que soy el Señor y el Maestro, les he lavado los pies, ustedes también deben lavarse los pies unos a otros. Les he dado el ejemplo, para que hagan lo mismo que yo hice con ustedes. Les aseguro que el servidor no es más grande que su señor, ni el enviado más grande que el que lo envía. Ustedes serán felices si, sabiendo estas cosas, las practican» (Jn.13,13-18).



## **El siervo humilde que expía el pecado**

San Pablo nos dice que: “Jesús, siendo de condición divina, no consideró esta igualdad con Dios, como algo a lo que debería aferrarse celosamente, sino que se despojó a sí mismo, tomando condición de siervo y viviendo entre nosotros como un hombre cualquiera, rebajándose a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte (Cf. Flp.2,6-8). Al lavar los pies a sus discípulos, Jesús muestra en su realidad humana, el ejemplo que debemos tomar sus discípulas y discípulos. Debemos asumir en nuestra actitud de servicio la incondicionalidad; nada nos debe detener por humillante que resulte a nuestros propios ojos y a los ojos de las y los demás, la acción que debemos dar a nuestros hermanos necesitados, ya que en ello no hay rango que cuente. En su enseñanza sobre el amor a Él y a nuestro prójimo, es lapidaria su palabra: «Nadie tiene mayor amor que el dar la vida por los amigos» (Jn.15,13).

En la actitud humilde que asume Cristo frente a los discípulos en el lavatorio de pies, muestra incluso que la humillación de la cruz como víctima para la expiación de nuestros pecados, es una entrega absoluta de sí mismo, como una donación total por la redención del género humano. El cuarto cántico del siervo de Dios del profeta Isaías, proclamado en la celebración litúrgica de la Pasión del Señor el Viernes Santo (Cf. Is.52,13-52,12), muestra con claridad esta situación de víctima que asume el Mesías, Hijo de Dios, para obtener mediante el derramamiento de su sangre, el perdón de nuestros pecados y las consecuencias que estos provocan al género humano, en diferentes dimensiones de la vida política, económica, laboral, social, que significan nuestra muerte eterna y el rompimiento de nuestras relaciones con Dios.

Esta entrega total de Jesús deja atrás las antiguas víctimas que el pueblo judío ofrecía a Dios para reconciliarse con él, a partir del sacrificio de animales, como estaba estipulado en la Antigua Alianza, en donde se derramaba la sangre de las víctimas, para significar la oblación a Dios de una criatura que le era útil a quien la ofrecía, ya sea como instrumento de trabajo o bien, que pudiera representar un beneficio para el dueño, en un contrato de alquiler o de compra-venta. La carta a los Hebreos explica el significativo cambio que se establece en nuestra relación con Dios, a partir de la inmolación de nuestro Señor Jesucristo en la Cruz, para el perdón de nuestros pecados: “Por eso, Cristo, al entrar en el mundo, dijo: «Tú no has querido sacrificio ni oblación; en cambio, me has dado un cuerpo. No has mirado con agrado los holocaustos ni los sacrificios por el pecado. Entonces dije: Aquí estoy, yo vengo –como está escrito de mí en el libro de la Ley– para hacer, Dios, tu voluntad» (Hb.5-7).

En los textos de San Pablo que hacen referencia al pecado del primer padre Adán, se abre una visión prospectiva que indica que el pecado del primer padre, no es un mal irremediable; la base teológica de esta visión de Pablo parte del relato contenido en el libro del Génesis, cuando Dios le advierte a la serpiente la enemistad que se establece entre él (Satanás) y la mujer, entre el linaje de ella y el suyo, y le advierte que el descendiente de la mujer le aplastará la cabeza, mientras él aceche su talón (Cf. Gn.3,15). Texto que hace referencia al misterio de la encarnación del Hijo de Dios en el seno de una mujer (Cf. Gal.4,4).

Esta visión paulina lo lleva a tener expresiones muy peculiares cuando se refiere a Adán, como por ejemplo, hablando del misterio del pecado en la carta a los Romanos:



“La muerte reinó desde Adán hasta Moisés, incluso en aquellos que no habían pecado, cometiendo una transgresión semejante a la de Adán, que es figura del que debía venir” (Cf. Rm.5,14). Aquí Pablo apunta a la existencia de un nuevo Adán. En efecto en la primera carta a los Corintios, Pablo dice: “El primer hombre, Adán, fue creado como un ser viviente; el último Adán, en cambio, es espíritu que da Vida” (Cf. 1 Co.15,45). Este último Adán es Cristo.

A partir del misterio de la encarnación, en el que el Hijo de Dios asume en su persona nuestra condición humana, el valor del sacrificio de Cristo en su ser humano, tiene la estatura de la dignidad divina que posee esa voluntad con la que se ofrece ante su Padre por nosotras y nosotros, integrantes de la familia humana. De aquí la expresión de la Carta a los Hebreos: “En virtud de esta voluntad quedamos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo hecha de una vez para siempre” (Hb.10,10).


### **La Pascua de Cristo transforma la Sociedad**

Una constante que refleja en su actividad salvífica nuestro Señor Jesucristo y que es un modelo para todas y todos nosotros es el servicio, que se distingue por su gratuidad, impulsado por la fuerza del amor al Padre, a toda la familia humana y a cada una y cada uno. Desde ahí debemos partir quienes queremos colaborar en su obra de salvación y en la construcción de un mundo más justo.

En medio de esta crisis sanitaria, Cristo nos libera del interés egoísta que nos ciega y que endurece nuestro corazón. Liberados por él de nuestros pecados, podemos estar al servicio de todas y todos, y promover el bienestar de cada persona y cada familia, con recursos suficientes para atender la salud, la educación, la vivienda y el trabajo digno; buscar el respeto profundo de los derechos humanos de las mujeres, de las niñas, niños y adolescentes; de las y los trabajadores en los distintos campos de servicio donde estén laborando; la vida digna de las personas de la tercera y cuarta edad con una pensión vitalicia digna y acceso a alimentación, salud y vivienda; crear estructuras políticas sanas, que garanticen la justicia y los derechos para todas y todos; exigir un sistema de justicia libre de la corrupción que garantice seguridad; trabajar para que las estructuras religiosas cuenten con ministros libres de clericalismo, que les permitan hacerse uno con el pueblo y arrodillarse en el servicio de amor para atender sus sufrimientos.

Dejémonos impactar por el ejemplo de generosas personas que ante la urgencia de la pandemia están abriendo su corazón a las necesidades de su prójimo, en lugar de convertir sus barrios en zonas de guerra. Dejémonos conmovir por su fe y cada una de sus obras buenas para que todas y todos nos movilizemos a la acción y podamos dar equilibrio a la desigualdad que se ha visibilizado de manera tan dramática en esta cuarentena. Cada acto solidario, creativo y valiente para entregar comida, respiradores, cubrebocas, papel higiénico, leche, pañales, mantener inquilinos o empleados, y tantos otros, son entrega de amor incondicional que de manera excepcional transforman la vida en plenitud; esa es la Pascua. Ese es el Verbo que se hizo carne y habitó entre nosotras y nosotros. El amor que se dona para que mujeres y hombres sigan teniendo vida y sean capaces de ser protagonistas y constructores de una historia llena de cuidados para los habitantes de la tierra y para la tierra misma.

Priorizar la vida humana ante la económica, será un riesgo mundial, pero lo contrario sería realizar el sacrificio que no agrada a Dios. No hagamos de esta pandemia una guerra ni pretendamos salvarnos solos, a nuestras familias o a nuestros bolsillos. Vamos juntos como humanidad de manera evidente y entre todos los Continentes y con las diferencias que hay entre nuestros países y nuestras culturas, aprendamos a construir la libertad que nos fue anunciada. Una cuarentena tan oscura, sólo puede llevar a una luz radiante de la Resurrección con Vida para toda la humanidad.

+    
Fr. Raúl Vera López, O.P.  
Obispo de Saltillo